

JÓVENES Y ESPACIO PÚBLICO

COLECCIÓN ALTERNATIVAS

Comité Editorial
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades

Guadalupe Valencia García
Maya Victoria Aguiluz Ibarгүйen
Ana María Cetto Kramis
Carlos Hernández Alcántara
Ricardo Mansilla Corona
Aquiles Negrete Yankelevich
Mauricio Sánchez Menchero
Medley Aimée Vega Montiel
María del Consuelo Yerena Capistrán

Consejo Editorial
Instituto de Investigaciones Sociales

Miguel Armando López Leyva
Hubert Carton de Grammont
Fernando González González
Marina Ariza
Marta Eugenia García Ugarte
Landy Sánchez Peña
Lucía Álvarez Enríquez
Angela Giglia Ciotta
Luis Reygadas

JÓVENES Y ESPACIO PÚBLICO

**JAHEL LÓPEZ GUERRERO
MARCELA MENESES REYES**
coordinadoras



Universidad Nacional Autónoma de México

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades
Instituto de Investigaciones Sociales
México, 2018

López Guerrero, Jahel, editor. | Meneses Reyes, Marcela, editor.
Jóvenes y espacio público / Jahel López Guerrero, Marcela Meneses Reyes, coordina-
doras. Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro
de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades: Universidad Na-
cional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2018. | Colección
Alternativas.

LIBRUNAM 2006933 | ISBN 978-607-30-0809-9
Juventud --México-- Condiciones sociales. | Juventud rural -- México --
Condiciones sociales. | Inmigrantes --México-- Condiciones sociales. |
Espacios públicos – México.
LCC HQ799.M4.J696 2018
DDC 305.2350972—dc23

Primera edición, 2018

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades
Torreo II de Humanidades 4° piso,
Circuito Interior, Ciudad Universitaria,
Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, Ciudad de México
www.ceiich.unam.mx

Instituto de Investigaciones Sociales
Circuito Mario de la Cueva s/n Ciudad de la Investigación en Humanidades,
Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Coyoacán, Ciudad de México

ISBN de la colección: 978-607-30-0463-3

ISBN del volumen: 978-607-30-0809-9

Cuidado de la edición: Josefina Jiménez Cortés
Formación y diseño de portada: Amanali María Cornejo Vázquez
Imagen de portada: Colectivo Lapiztola

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autóno-
ma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la
autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

DISPUTAS MEDIADAS POR EXPRESIONES DE VIOLENCIA EN EL ESPACIO ESCOLAR*

Leticia Pogliaghi**

INTRODUCCIÓN

La problemática de la violencia se ha convertido en un tema de interés tanto desde la academia como de las autoridades públicas y de la ciudadanía en general. Su presencia en las sociedades actuales y en las escuelas es innegable. Sin embargo, y sin minimizar su carácter, pensamos en la violencia no como una anomalía, sino como una relación social (Carrión, 2005: 31), una “forma de socialidad, un modo de estar ‘con’ los otros, o de buscar a los otros” (Duschatzky y Corea, 2013: 23).

En este marco de ideas, entendemos la violencia como un fenómeno histórico, social y cultural, es decir, aquella no está genéticamente determinada, ni viene del pasado animal ni es hereditaria, como a veces se la ha querido entender. Además, su manifestación siempre nos quiere mostrar algo más que se exterioriza a través de ella, pero que se esconde detrás de su expresión (Velázquez Reyes, 2014). Por tanto, la violencia forma parte de la cultura, y como tal, está presente en los procesos de socialización y socialidad de los jóvenes, como veremos en este texto, en particular en el espacio escolar.

Estas premisas nos llevan a indagar las prácticas y subjetividades de los jóvenes estudiantes, las interacciones con los otros sujetos escolares, dentro de los marcos estructurales que la escuela, su entorno y los otros espacios de vida que conforman el mundo social de los jóvenes. De manera específica, interesa indagar

* La ponencia que aquí se presenta forma parte de una investigación mayor en curso titulada “Violencia social en la educación media superior en México”, que está siendo llevada a cabo por la autora en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

** Doctora en Estudios Sociales. Investigadora Asociada “C” de Tiempo Completo en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

los procesos a través de los cuales se producen las expresiones de violencia que se presentan en y a través de las cuales se disputa el espacio escolar.

En este capítulo realizamos un recorte espacial para reflexionar sobre la problemática de la violencia que involucra a los jóvenes estudiantes en el ámbito escolar, específicamente entre los que se encuentran en el nivel medio superior en la Ciudad de México, y que a través de ella disputan el espacio y su lugar físico o simbólico en el espacio. Nos concentramos en los jóvenes estudiantes de un plantel del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Para ello, consideramos necesario observar y escuchar la cotidianidad de los jóvenes en el espacio escolar. A través de la comprensión de las situaciones y condiciones juveniles y escolares podemos acercarnos a comprender cómo los sujetos expresan y a veces normalizan las expresiones de violencia.

El acercamiento empírico implicó conjugar una serie de técnicas de carácter cualitativo que sintetizamos a continuación: 23 entrevistas semiestructuradas individuales, 5 grupales y 27 conversaciones informales —algunas de ellas realizadas de manera presencial y otras de manera virtual— con estudiantes, profesores y directivos del plantel; observaciones en el espacio escolar —dentro del plantel y fuera de él—, así como en los grupos de Facebook donde los estudiantes tienen mayor participación. Con tal fin, seguimos a Christine Hine (2015), quien propone la metodología denominada “etnografía para Internet”, y a Rossana Reguillo (2012) a través de la elaboración de “cibernografías”. A partir de ellas pudimos reconstruir los hechos acontecidos en el plantel y contextualizar, significar o comprender desde dónde se estaban haciendo algunas de las publicaciones. Se seleccionó el grupo con mayor número de miembros y mayor actividad, y de enero a diciembre de 2015, todos los posteos —mensajes, memes, imágenes, fotografías y videos— en el grupo, que hicieran algún tipo de referencia a manifestaciones de violencia, eran capturados diariamente en una matriz que ordenaba la información en función de las diferentes formas concretas de expresión de violencia a las que se hacía referencia, de los sujetos que las brindaban, de las respuestas que obtenía —en contenido y cantidad—.

SOBRE LOS JÓVENES, LA VIOLENCIA Y EL ESPACIO ESCOLAR

La referencia contemporánea a la juventud surge en Gran Bretaña en el periodo de posguerra como una manifestación del cambio social de la época. Se convirtió en foco de atención de legislaciones e intervenciones públicas, colocándola en el

nivel de problema social, a la vez que se convirtió en fuente para la elaboración de conocimientos, interpretaciones y explicaciones, en fin, como objeto de investigación (Hall y Jefferson, 1993). Los abordajes posteriores han seguido caminos disciplinares diversos, resultando en definiciones conceptuales, metodológicas y de objeto no siempre similares, dando cuenta de diferentes dimensiones de la juventud. En ciencias sociales se suele acordar que la juventud no es definida, o al menos no únicamente, por la edad, sino que es una construcción social que se va configurando en el marco de relaciones sociales particulares. En efecto, una concepción como ésta resulta demasiado amplia, y para su abordaje es necesaria una mayor concreción. A propósito de ello, establecemos algunas especificaciones que guían la manera en que entendemos a los jóvenes y a la juventud en este capítulo.

Primero, la juventud es una categoría social y analítica, pero no es sujeto: los sujetos son los jóvenes; la juventud, la categoría a través de la cual se los estudia (Urteaga, 2010). Segundo, alude a un momento de la vida de los jóvenes que, si bien en tránsito de la niñez a la adultez, tiene importancia por sí mismo. Ese momento se construye en el juego de determinadas relaciones de poder (Pérez Islas, 2000) entre los mismos jóvenes, entre los jóvenes y los no jóvenes. Tercero, si se considera que la categoría no tiene un carácter universal y que depende de las condiciones sociohistóricas en las que se aplica, se entiende que los jóvenes no son un todo homogéneo. Por tanto, implica reconocer su heterogeneidad en términos estructurales, subjetivos y de sus prácticas. Cuarto, la articulación que se da entre las estructuras, subjetividades y prácticas dan por resultado jóvenes particulares en tiempos y espacios también particulares. Quinto, la forma de entender a los jóvenes es dinámica, en tanto se les reconoce su capacidad de agencia y de posibilidad de transformación de las estructuras que los condicionan, a la vez que ellos cambian en ese proceso.

Por tanto, la juventud se trata de una categoría de análisis relacional, sociocultural y política que da cuenta de las condiciones juveniles de cada momento histórico y lugar. A los jóvenes los entendemos no como un objeto, sino como sujetos heterogéneos con capacidad de agencia en los diversos campos de la vida social en los cuales (inter)actúan, significan y se transforman en el marco de determinadas estructuras y situación juvenil particular (Miranda y Otero, 2011) en la que les tocó vivir; estructuras y situación a las que con sus acciones también modifican.

La escuela, dada su connotación institucional y “poco juvenil”, que muchas veces fue dejada de lado en los estudios sobre juventud, constituye, sin embargo, un espacio de importancia en los procesos de socialización (Dubet y Martuccelli, 1998) y socialidad (Martin-Barbero, 1998) de los jóvenes. Y como todo campo

de relaciones sociales, se encuentra atravesado por diferentes relaciones de poder y autoridad, entre los adultos (directivos, profesores y personal administrativo) y estudiantes, y entre los propios jóvenes. Particularmente, en las últimas décadas, los estudios sobre violencia, estudiantes y escuela han puesto el foco de análisis en las agresiones físicas y emocionales entre estudiantes (Furlán y Spitzer, 2013), que usualmente se ejercen a través del lenguaje, la fuerza física y más recientemente a través del uso de las tecnologías de la información y la comunicación y de las redes sociales (Velázquez, 2013). Puede manifestarse de formas diversas, tales como el hostigamiento, la intimidación o el acoso a otros compañeros, en formas físicas (agresiones, golpes, robos), sexuales, verbales (chiste discriminatorio, maltrato verbal) o psicológicas (hostilidad, desconfianza, rechazo, desprecio).

La violencia en las escuelas suele atribuirse a problemas sociales que exceden a la institución. Incluso, para algunos autores, su origen puede rastrearse en expresiones violentas vividas o aprendidas en otros campos de experiencia de los estudiantes y que luego se prolongan en el espacio escolar (Charlot, 2002; Debarbieux, 2003; Di Leo, 2008). Pero no se trata de que un problema del contexto “se filtra en la escuela”, la invade y la contamina, sino que problemáticas que se presentan en otros ámbitos, también lo hacen en la escuela. En ese sentido, el espacio escolar puede dejar de significarse como uno de todos, como uno donde es posible debatir, de participar en la toma de decisiones, como un espacio público, para transformarse en “un campo potencial para la proliferación y la intensificación de los actos de violencia, lo que [...] se traduce en un comportamiento de aislamiento y de abandono” de ese otrora espacio público (Abramovay, 2005: 851).

La cuestión es que muchas veces se piensa a la escuela como una institución inmaculada donde las expresiones de violencia desequilibran o transgreden el “orden” de la representación social atribuido a ese espacio, poniéndola patas para arriba. A la irrupción de estas nuevas situaciones —nuevas en el sentido de la atención que se le presta y no tanto a su presencia inédita—, es a lo que Silvia Duschatzky y Diego Sztulwark (2011) han dado en llamar “lo no escolar” que se cuele en “lo escolar”. Es decir, éstas no se construyen fuera de la escuela y los jóvenes “las introducen” como si fueran una cuestión ajena, sino que en el espacio escolar éstas pueden fortalecerse, modificarse o incluso conformarse. La institución, sus dinámicas propias y las relaciones sociales que allí se generan, también influyen en la expresión y las formas particulares que la violencia adquiere en cada espacio particular.

Ahora bien, para los jóvenes del bachillerato abordados en este estudio, el espacio escolar no se agota en el “plantel”. En buena medida, esto se debe a los vínculos

afectivos que a partir de aquél generan. En tanto la gran mayoría de los amigos de los estudiantes son los de la escuela y una de las actividades a las que dedican buena parte de su vida es al uso de las redes sociales en Internet, Facebook es un espacio más de encuentro. Y como en todo espacio de socialización y de socialidad, pueden surgir conflictos y, posiblemente, expresiones de violencia.

Con el fin de reflexionar sobre las expresiones de violencia en el espacio escolar, las disputas que aquéllas median y las significaciones que construyen sobre ellas los jóvenes, analizamos una serie de eventos que acontecieron en el plantel durante los años 2015 y 2016. Analizamos las formas de expresión de violencia a partir de la construcción de tres configuraciones en las cuales las manifestaciones comparten características entre sí —en función de las intenciones de quienes las perpetúan y de los efectos que tienen sobre quienes las reciben— y que las diferencian de las demás. Estas configuraciones no pretenden oficiar como una tipología, ni fueron creadas a priori; más bien son producto de la indagación del caso particular.

VIOLENCIA EN LA ESCUELA: LOS JÓVENES DISPUTANDO EL ESPACIO FÍSICO Y SIMBÓLICO Y SU POSICIÓN

Violencia institucionalizada

Entendemos la violencia institucionalizada como aquella que es ejercida por algún sujeto, grupo o grupos que, dada su persistencia en el tiempo e historicidad, se vuelven relativamente aceptadas, incuestionadas o normalizadas. O, aun cuando no se las acepte y cuestione, su sedimentación hace que los procesos para su transformación se presenten de manera difusa, si no imposible para los actores individuales.

Así, las expresiones de violencia institucionalizada operarían de alguna manera a las funciones que Goffman (1968) y Foucault (1976) asignaron a las instituciones socializadoras: controlando y disciplinando. Sin embargo, aquéllas no son “una institución socializadora”, sino más bien, como se mencionó previamente, formas de relación social particulares, que, sostenemos, en el caso de esta configuración de violencia se institucionaliza y opera controlando o disciplinando. No obstante, aun cuando institucionalizada, veremos que no necesariamente determina la acción, la inacción o la reacción. Y es allí donde se puede visibilizar la capacidad de agencia de los jóvenes.

Dentro de esta configuración agrupamos aquellas expresiones de violencia que se revelan a través de los actos de grupos reconocibles que operan en el espacio

escolar: los grupos de choque comúnmente llamados “porros” y los de activistas, denominados y autodenominados “anarcos”. Una serie de acontecimientos que se sucedieron en el año 2015, que nos permite explicitar esta configuración y las manifestaciones de violencia correspondientes.

En abril de ese año, un grupo de activistas con presencia cotidiana en el plantel, organizó un festival que se llevaría a cabo en las instalaciones en apoyo a las presas y a los presos políticos, pidiendo su liberación. Cuando se quiso encontrar elementos para desarrollarlo, se produjo una serie de actos que redundaron en una camioneta averiada, peleas entre jóvenes y un profesor lastimado. Las versiones de los estudiantes respecto a los hechos y quiénes estuvieron involucrados son diversas. Algunos mencionan que quienes produjeron los daños fueron los mismos activistas —llamados “anarcos”—; otros afirman que fueron los miembros de grupos de choque —los “porros”—; para otros, otros grupos con presencia en la escuela —los llamados “pastos” y los “cholos”. La jornada concluyó con la toma del plantel por los activistas, algunos daños en instalaciones y la declaración de paro para el día siguiente.

Estos hechos implicaron el ejercicio de la violencia física y verbal de manera explícita. Y mientras eso sucedía muchos jóvenes oficiaban como espectadores, algunos tomaban fotografías y videos con sus teléfonos celulares, para casi de manera inmediata subirlos a un grupo de Facebook del que son miembros muchos de los estudiantes de este plantel. En el espacio virtual, algunos vertieron diversas opiniones respecto de lo acontecido: desde quienes apoyaban a los que tomaron el plantel, quienes defendían a los supuestos agresores deslindando responsabilidades o quienes mostraban su fastidio por la toma. Decía una miembro del grupo:

En vez de hacer sus desmadres deberían dedicarse a estudiar y no perjudicar a los demás estudiantes con estos actos que de verdad dan lástima y sólo nos dejan con mala fama a toda la comunidad. En verdad chavos, si ustedes no quieren salir, o estudiar denle chance a los que de verdad sí queremos. [Mensaje público 33, 8 de abril]¹

Otros aprovecharon la red social para tratar de buscar una solución a la situación, incluso repudiando la violencia manifestada; decían, por ejemplo: “En vez de pelearnos entre nosotros y tacharnos los unos a los otros mejor deberíamos buscar una solución, ¿qué tal si todos los que estamos inconformes nos reunimos en un grupo mañana y proponemos ideas?” [Comentario 5 a Mensaje público 16, 8 de abril] o “MAÑANA, a las 9:00 am en la explanada, todxs lxs que estén hartos de los actos violentos que se han estado suscitando en CCH” [Mensaje público 35, 8 de abril].

¹ Los posteos se transcriben de manera textual.

Y alrededor de estos posteos surgieron reacciones, algunas mostrando otras expresiones de violencia verbal, incitando a la física con el fin de recuperar el plantel. Podemos verlo en el siguiente comentario: “Sabén que eso no sirve, una pinche *putiza* y verán el cambio, o qué, ¿creen que si ésa gente fuera de diálogo haría esto?” [Comentario 19 a Mensaje público 16, 8 de abril].

Los mensajes anteriores nos muestran que a través de la red social en Internet, los jóvenes toman posición respecto de los eventos y de las manifestaciones de violencia, incluso se convirtieron en el mecanismo por el cual surgieran otras de diferente tipo y entre otros sujetos. Los relatos muestran una serie de eventos concretos que sucedieron en abril de 2015, pero que se repiten antes y después de esa fecha. En efecto, ha habido otros enfrentamientos entre grupos, de ocupación de salones y de toma de plantel a través de formas violentas.

La institucionalización de estos eventos y las acciones violentas de los grupos mencionados, en general, son reprobadas por los estudiantes, más que por los actos en sí mismos, por sus consecuencias. Una entrevistada manifestaba su malestar por los daños a la infraestructura y el equipamiento: “más que nada, como materiales porque rompen muchas cosas que son parte de la escuela, como ventanas, material que usamos, entonces cómo reponerlo. Siento que eso es lo más...” [Entrevistada 21, 15 de junio de 2016]. Y por la imagen que se crea de la escuela y de los estudiantes a partir de las repercusiones que estos hechos tienen a partir de su visibilización por los medios de comunicación. Así continuó explicando la joven:

porque todo lo que pasa acá adentro de alguna forma se expresa allá afuera, y cuando la gente de allá afuera se entera, no deja que sus hijos vengan a este plantel porque dan una... mala imagen del plantel. Entonces creen que todos son así... o que todo el tiempo es así. [Entrevistada 21, 15 de junio de 2016]

A pesar de ello, reconocen que el ambiente en la escuela es hoy relativamente tranquilo, sobre todo en comparación con épocas pasadas. Comentaba una entrevistada que cuando su hermano asistía a esta escuela “eran tiempos muy feos, cuando todavía estaba la directora que mandaba a los porros a molestar a los estudiantes y se metían a la escuela, hace muchos años” [Entrevistada 37, 23 de mayo de 2016]. Otra también hacía referencias a tiempos previos:

[A] Mi hermana le tocó todavía una época en la que estaba más pesada, incluso una vez llegó a la casa sin mochila, porque colgaron a un alumno y lo empezaron a agarrar a palazos y sí se puso súper feo y ya la querían sacar. Pero mi mamá no los

dejó y pues siguió, y ahorita ya es mucho más tranquilo, a lo mucho los paros y eso. [Entrevistada 21, 15 de junio de 2016]

En definitiva, a pesar del descontento de la mayoría de los jóvenes, a través de los recurrentes enfrentamientos violentos entre grupos y de sus acciones, cada uno de ellos trata de mostrar su fuerza a través de la ocupación y apropiación de espacios físicos en el plantel. Y quienes no están de acuerdo, ya sea a través de la organización a través de la red social en Internet o en acciones cara a cara, también procuran con o sin el uso de expresiones de violencia, manifestar su capacidad de agencia en pos de la “recuperación” del espacio escolar, que también es suyo.

Violencia ritualizada

La segunda configuración incorpora expresiones de violencia que siguen pautas establecidas a modo de ritos, es decir, de una serie de prácticas recurrentes que permiten crear o fortalecer un sentido de pertenencia y de entender las situaciones compartidas. Se suelen repetir en el tiempo, aunque van sufriendo transformaciones entre las generaciones. Son, por ejemplo, los casos de las prácticas llevadas a cabo en momentos iniciáticos como el ingreso a la escuela en el primer año o la incorporación a un equipo deportivo o grupo.

Una estudiante relata uno de los rituales por el que pasó una amiga para ingresar a un grupo:

No, pues yo cuando entré no me hicieron nada solamente hablamos y así. Pero, por decir, uno de mis amigos es porro y pues lo primero que le hicieron es que “Entra y ¿con quién te quieres pelear, no?” Y este chavo escoge y entre los dos... si gana el que entró, le pegan al otro y si no gana él, le rapan la ceja o le quitan el dinero, celular o algo así. [Entrevistada 36, 23 de mayo de 2016]

Y otra joven contaba sobre un ritual diferente para su incorporación: “mi amiga dice que cuando ella inició, ahora es dirigente, cuando apenas la iban a aceptar, inflan sus cachetes y se forma una fila de todos y le hacen cerrar el puño y le dan un golpe, pero todos” [Entrevistada 37, 23 de mayo de 2016].

En otro grupo, “el de las barras”, que la iniciación se realiza a través de “cinturonazos”. Esto es, que los miembros antiguos pegan con cinturones al nuevo ingresante.

Otros rituales consisten en decirle mentiras a los nuevos ingresantes, asustarlos o jugarles bromas. Los nuevos, si no tienen contacto con estudiantes de

semestres más avanzados o no han tenido amigos o familiares que han asistido a este plantel, que los “previenen”, o los pongan en antecedentes, suelen sentirse indefensos o merecedores de ser sujetos constantes de este tipo de actos por ser nuevos. Algunos, incluso, lo toman como fuente de pertenencia y de identidad; otros lo toman como fuente de formación que les dará los conocimientos de qué hacer en el futuro cuando toque “el año próximo [...] la venganza”, claro, con los miembros de la generación siguiente.

Este tipo de eventos también repercuten en la red social en Internet. Relatamos un caso a modo de ejemplo que nos permite conjugar acontecimientos que se dan en el plantel a partir de cómo fue expresado en el grupo de Facebook al que nos referimos previamente.

A fines de julio de 2015, ante la publicación de los resultados del concurso de la Comisión Metropolitana de Instituciones Públicas de Educación Media Superior (COMIPEMS), los estudiantes que pasaban a tercero y quinto semestres comenzaron las burlas hacia quienes serían los “nuevos”. Buena parte de éstas se basan en el desconocimiento que tienen los ingresantes respecto del espacio físico del plantel. Un motivo de risa en la red social en Internet fue el del uso y acceso a la alberca, la cual no existe, y que los “viejos” explican cómo hay que llegar a ella, qué trámites realizar para poder utilizarla, o hacen descripción de sus características. Estos posteos generan reacciones de risas o diversión y desatan “el tren del meme”, que va generando nuevos sarcasmos y bromas. Pero no todos se suman a las bromas. La mayoría permanece callada y no participa, mientras que otros manifiestan abiertamente su descontento, como en el posteo siguiente: “No sé por qué el bullying si todos pasamos por ello” [Comentario 2 a Mensaje público 323, 30 de julio].

Usualmente, estas expresiones son llevadas a cabo por pocos estudiantes, pero son observadas y a veces celebradas por muchos otros. Algunos, a los que les indignan, suelen no prestar atención, quejarse por lo bajo, mientras otros reclaman que no es correcto, pero son los menos sobre el total. Y, en todo caso, comentan que en muy contadas ocasiones logran interrumpir las acciones. Las expresiones de violencia que incluimos en esta configuración son a veces referidas por los estudiantes como bullying, bulleo, burla o juego, sin la intención de dañar a quienes las reciben y, por tanto, no las califican como violencia.

Cuando estas formas de expresión de violencia ocurren, lo que hacen es mostrar las jerarquías y las desiguales posiciones en las relaciones de poder. Aunque los jóvenes no las consideren expresiones de violencia, quienes las reciben se encuentran en una posición de indefensión, o al menos de sumisión respecto de

los perpetuadores. En este caso, lo que se disputa es una posición simbólica en el espacio escolar en la búsqueda más o menos consciente de pertenecer, de ser parte de las dinámicas y relaciones propias de ese espacio escolar: pasar por los rituales implica que ese espacio los incluye. Aun sin reconocer que las prácticas pueden ser expresiones de violencia, éstas son necesarias para la inclusión.

Violencia invisibilizada

A diferencia de las expresiones de violencia de las configuraciones previas que tienen visibilidad y repercusión entre los actores escolares, de manera cotidiana aparecen en la escuela —y en la red social en Internet— otras expresiones entre pares que suelen pasar inadvertidas, a veces para los perpetradores, para los profesores y directivos, y, en ocasiones, para quienes las reciben. Son formas más sutiles de violencia tales como la referencia a través de sobrenombres o insultos, el ignorar al otro, el esparcir rumores, que pueden esconder la discriminación, la anulación del otro o la búsqueda de reconocimiento por formar parte de las relaciones de poder por sobre los otros.

Suckling y Temple (2006) profundizan en estas formas sutiles de manifestación de la violencia, y explican que el acoso verbal —expresado en burlas, palabras groseras, desprecios o rumores desagradables— busca a través del uso de la palabra, generar angustia en el otro, mientras en quien lo despliega provoca sensación de poder. Efectivamente, el uso de malas palabras es una práctica recurrente en el espacio escolar, especialmente en los espacios abiertos, aunque también en los salones. Tanto a partir de nuestras observaciones como de las entrevistas realizadas es posible afirmar que el uso de expresiones como “güey”, “no mames”, “vete a la chingada”, “cabrón”, “chinga”, sobre otro sujeto es más frecuente cuando son cercanos. Un joven comenta que con sus amigos, aun cuando no se llevan pesado, sí se dicen groserías, pero “las decimos como de broma, son juegos nada agresivos” [Entrevistado 32, 15 de junio de 2016].

Lo que sostienen los estudiantes es que el uso de groserías con los amigos no se realiza con el fin de insultar, sino simplemente es una manera de llevarse con el otro. Como referen dos estudiantes: “Es muy positivo. ¡Ven *maricón!* Que no se lo tome a mal, somos pesados” [Entrevistado 31, 23 de mayo de 2016] o “es el tono entre amigos” [Entrevistado 35, 23 de mayo de 2016]. Incluso, al recibirlas suelen no tomarlas como una agresión, sino como forma de compañerismo y de confianza, porque a los desconocidos, especialmente si son adultos en la escuela —a profesores y directivos— no se las dicen. Lo corrobora otra estudiante: “cuan-

do no tengo confianza en la persona suelo ser muy correcta” [Entrevistada 23, 15 de junio de 2016].

De hecho, pareciera que tienen más impacto cuando este tipo de palabras son utilizadas en la red social, en tanto el efecto al leerlo y la reacción posterior resulta mayor. Mientras que en la escuela pareciera ser lo normal, una joven nos decía, ante un intercambio de estos términos en Facebook entre personas que ella conocía: “son conocidos míos, entonces sí he interferido diciendo que parecen señoras de mercado, que arreglen sus problemas dialogando porque se ven mal haciéndole en una red social” [Entrevistada 23, 15 de junio de 2016].

Los estudiantes también mencionan que se crean rumores sobre compañeros; aunque llama la atención que se refieran a ellos sólo cuando llegan a ocasionar discusiones o alguna pelea. Y menos frecuentes son las referencias verbales a situaciones de discriminación, aunque a través de otras técnicas hemos visto cómo, por ejemplo, se aislaba a algún compañero por su manera de vestir o por su manera de hablar.

Las expresiones de violencia de esta configuración son las que podemos ver más frecuentemente y aun cuando en las entrevistas los jóvenes no suelen reconocerlas como tales, y mencionan que es “normal”, “común”, no buscan hacer un daño. No obstante, a pesar de la normalización de estas prácticas, algunos estudiantes mencionan no sentirse agredidos, mientras que otros sí. En sentido estricto, si la acción no tenía la intención de dañar, no estaríamos ante una expresión de violencia, pero incluso cuando no se tiene ese propósito, puede estar provocando un perjuicio en el destinatario.

Podemos considerar estas formas de violencia “entre pares”, pues son entre estudiantes. Pero desde el punto de vista de cómo se construyen las relaciones entre éstos, no son tan pares, ni mucho menos iguales. No se encuentra en igual posición de poder quien expresa la palabra, ni quien la recibe. Y el espacio escolar simbólico en el que se ubican los sujetos antes, durante y después de los eventos tampoco es el mismo para los involucrados. De este modo, las expresiones de violencia presentes en esta configuración, disputan las posiciones simbólicas, las posiciones en las relaciones de poder entre los jóvenes, las cuales se construyen en el espacio escolar.

A MODO DE CIERRE

La primera configuración a la que hemos hecho referencia muestra cómo entre diferentes grupos de jóvenes —algunos de ellos estudiantes, otros no— se enfrentan en la búsqueda de un posicionamiento en el espacio escolar físico. A través de las

expresiones de violencia es como muestran su fortaleza y posición no sólo sobre quien la recibe de manera directa, sino también frente a la comunidad estudiantil en general y las autoridades. Es como disputan no sólo una posición de poder (Lomnitz, 2005), sino el espacio mismo, el que quieren sea su espacio.

En la segunda configuración, los ritos que incorporan expresiones de violencia se vuelven espacios de diversión que permiten comunicarse e identificarse con otros y diferenciarse de otros más, aun cuando no se lo reconozca como tal por quienes la perpetúan. Pasar por estos ritos permite a los estudiantes ganar un lugar dentro de los grupos, que para los estudiantes de este plantel son espacios de pertenencia muy importantes para la construcción de amistades, de socialidad y de socialización para los jóvenes. En el caso de las novatadas, si bien para los jóvenes de primer ingreso puede llegar a ser un padecimiento, el año siguiente cuando les toque a ellos poder ejercerlas significará que ya son parte, que ya tienen su lugar en el espacio escolar.

En la tercera configuración, las expresiones de violencia se presentan de manera continua y cotidiana en las interacciones que se dan entre los estudiantes. Es necesario remarcar que aunque son éstas las más frecuentes, son las menos reconocidas como violencia por los actores escolares. En efecto, hay una suerte de normalización de estas manifestaciones que se vuelve constitutiva de las formas de relacionarse que construyen los jóvenes. Se tornan la manera de ser joven, de expresar su condición juvenil, de vivir su espacio como ellos quieren, aun cuando pudieran con o sin intención estar dañando a otros.

El análisis realizado sobre las diversas configuraciones de violencia como medios para la disputa por y en el espacio público escolar, entendido éste como el espacio de encuentro entre sujetos diferentes que se conocen o no, interaccionan y se expresan, a veces de manera violenta, nos hace pensar en los límites difusos del espacio escolar. Puede darse dentro del salón de clases, de las rejas del plantel hacia dentro, pero también en las redes sociales de Internet, en las inmediateces o en otros espacios de sociabilidad de los estudiantes. En otras palabras, entender el espacio escolar como espacio público, nos obliga a pensarlo como la articulación dinámica de relaciones que establecen los distintos actores, en particular los jóvenes.

La violencia en la escuela adquiere, entonces, diferentes configuraciones; además reviste fines diversos. En relación al espacio público, se busca ganar respeto o ser alguien, en otros términos, lograr una posición de poder en él. Puede pretender, también obtener recursos económicos de los otros actores que habitan ese espacio público, por ejemplo, a través de los taloneos, para con ello desplegar sus

intereses particulares y privados. Pero también su fin puede ser la defensa del espacio. En todos estos casos, la violencia tiene por detrás otros conflictos espaciales y sociales que la movilizan. Es decir, no es la violencia *per se* el conflicto, sino que es su expresión. Por supuesto, en su manifestación puede convertirse en un conflicto en sí mismo, pero no debemos dejar de atender sus causas.

Nos interesa llamar la atención en el hecho de que el uso de la violencia como elemento mediador en las disputas por y en el espacio escolar, lleva a una suerte de reversión de ese espacio público —o mejor dicho, parte de él— en uno privatizado simbólicamente, particularizado y apropiado por y para unos. Esto no quiere decir que esta relación de poder y situación sean definitivas y que no puedan cambiar, pero cuando algún joven o grupos de jóvenes han logrado posicionarse en el espacio físico o virtual, hacen que éste ya no se vuelva accesible a todos o donde todos pueden interaccionar o, como plantea Saraví (2004) para el caso de algunos barrios del conurbano bonaerense argentino, “un espacio de aislamiento y segregación”.

En fin, en la escuela confluyen jóvenes que en la escuela hacen algo más “que estudiar”. Y entre las múltiples prácticas que desarrollan, disputan posiciones y viven los conflictos, la violencia y el espacio de maneras diferentes. Para algunos la experiencia escolar puede ser divertida y disfrutarla; otros la padecen.

REFERENCIAS

- Abramovay, Miriam. 2005. “Victimización en las escuelas. Ambiente escolar, robos y agresiones físicas”. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 10, núm. 26, 833-864.
- Carrión, Fernando. 2005. “La inseguridad ciudadana en América Latina”. *Quórum, Revista de pensamiento iberoamericano*, núm. 12, 29-52.
- Charlot, Bernard. 2002. “A violência na escola: como os sociólogos franceses abordam essa questão”. *Sociologias*, núm. 8, 432-443.
- Debarbieux, Eric. 2003. “School violence and globalization”. *Journal of Educational Administration*, vol. 41, núm. 6, 582-602.
- Di Leo, Pablo Francisco. 2008. “Violencias y escuelas: despliegue del problema”. En Kornblit, Ana Lía (coord.), *Violencia escolar y climas sociales*. Buenos Aires: Biblos, 17-42.
- Dubet, François y Danilo Martuccelli. 1998. *En la escuela. Sociología de la experiencia escolar*. Buenos Aires: Losada.

- Duschatzky, Silvia y Cristina Corea. 2013. *Chicos en banda: los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, 8va. reimp. Buenos Aires: Paidós.
- Duschatzky, Silvia y Diego Sztulwark. 2011. *Imágenes de lo no escolar. En la escuela y más allá*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, Michel. 1976. *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI Editores.
- Furlán Malamud, Alfredo y Terry Carol Spitzer Schwartz (eds.). 2013. *Convivencia, disciplina y violencia en las escuelas 2002-2011*. México: ANUIES/ Consejo Mexicano de Investigación Educativa, A. C.
- Goffman, Erving. 1968. *Asylums: Essays on the social situation of mental patients and other inmates*. Middlesex: Penguin.
- Hall, Stuart y Tony Jefferson. 1993. *Resistance Through Rituals: Youth Subcultures in Post-War Britain*. Londres: Routledge.
- Hine, Christine. 2015. *Ethnography for the Internet. Embedded, Embodied and Everyday*. Londres: Bloomsbury Academic.
- Lomnitz, Larissa. 2005. “Los usos del miedo. Pandillas de porros en México”. En Ferrándiz, Francisco y Carles Feixa (eds.), *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos, 85-93.
- Martin-Barbero, Jesús. 1998. “Jóvenes: desorden cultural y palimpsestos de identidad”. En Cubides C., Humberto, María Cristina Laverde Toscano y Carlos Eduardo Valderrama H. (eds.), *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central/Siglo del Hombre Editores, 22-37.
- Miranda, Ana y Analía Otero. 2011. “La posibilidad de un plan”. En Tiramonti, Guillermina y Nancy Montes (eds.), *La escuela media en debate: problemas actuales y perspectivas desde la investigación*. Buenos Aires: Manantial, 95-112.
- Pérez Islas, José Antonio. 2000. *Jóvenes e instituciones en México. 1994-2000*. México: SEP/Instituto Mexicano de la Juventud.
- Pogliaghi, Leticia, Luis Antonio Mata Zúñiga y José Antonio Pérez Islas. 2015. *La experiencia estudiantil. Situaciones y percepciones de los estudiantes de bachillerato de la UNAM*. México: UNAM.
- Reguillo, Rossana. 2012. “Navegaciones errantes: de músicas, jóvenes y redes: de Facebook a Youtube y viceversa”. *Comunicación y Sociedad*, núm. 18, 135-171.
- Saraví, Gonzalo. 2004. “Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural”. *Revista de la CEPAL*, núm. 83, 33-48.
- Suckling, Amelia y Carla Temple. 2006. *Herramientas contra el acoso escolar*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia/Ediciones Morata.

- Urteaga, Maritza. 2010. "Algunas reflexiones en torno a la adolescencia, la juventud y las juventudes". Documento preparado para el Diplomado Mundos Juveniles, Seminario de Investigación en Juventud. México: UNAM.
- Velázquez Reyes, Luz María. 2013. "Convivencia y violencia a través de las tecnologías de la información y comunicación". En Furlán Malamud, Alfredo y Terry Carol Spitzer Schwartz (eds.), *Convivencia, disciplina y violencia en las escuelas 2002-2011*. México: ANUIES/Consejo Mexicano de Investigación Educativa, A. C, 261-277.
- Velázquez Reyes, Luz María. 2014. *¿Estás bien? Pongamos alto a la violencia en la escuela*. Toluca: Bonum.

